

DOCUMENTOS

Iván Molina Jiménez

Tipógrafo y ¿agente del Destino Manifiesto? Un francés en la Centroamérica de 1856

El término “Destino Manifiesto” fue dado a conocer por el periodista John L. O’Sullivan entre julio y agosto de 1845 para referirse al derecho de los estadounidenses blancos a esparcirse “pacíficamente” por todo el continente norteamericano –de la costa este a la oeste– y a extender formas republicanas de gobierno. El contexto inmediato en que ese concepto fue elaborado se caracterizó por el debate público acerca de si la república de Texas, independizada de México desde 1836, debía ser incorporada a Estados Unidos; y por la disputa entre Washington y Londres por el vasto territorio de Oregon, finalmente resuelta en 1846.¹

El “Destino Manifiesto” incorporaba, sin duda, algunos contenidos culturales, en particular de carácter religioso, presentes en Estados Unidos desde la época colonial, entre los cuales destacaba el milenarismo de los puritanos; pero integraba también valores políticos provenientes del temprano republicanismo de finales del siglo XVIII e inicios del XIX. El término elaborado por O’Sullivan supuso, por tanto, una ruptura decisiva, dado su trasfondo secular, evidente en que su propósito principal era justificar la consolidación territorial de la joven democracia estadounidense.² Los protagonistas fundamentales de tal proceso, a su vez, no eran los gobernantes o los militares, sino pequeños y medianos agricultores, dispuestos a ocupar nuevas tierras (a expensas, por supuesto, de los indígenas).³

La guerra entre Estados Unidos y México (1846-1848), que supuso para este último país la pérdida de casi la mitad de su territorio, fue el contexto en que el término de O’Sullivan adquirió una connotación distinta, al considerársele como

justificativo de la expansión territorial estadounidense, en especial la efectuada a costa de sus vecinos latinoamericanos.⁴ El nuevo significado fue consolidado por la competencia entre Washington y Londres por afirmar su supremacía comercial y geopolítica en todo el continente americano (sobre todo en el Caribe), y por la rápida multiplicación de expediciones militares privadas.

Las prolongadas luchas por la independencia, libradas en toda América entre 1775 y 1824, condujeron a la creación de un mercado de mercenarios, el cual fue reactivado y ampliado posteriormente por los enfrentamientos internos en las nuevas repúblicas, el conflicto estadounidense-mexicano y por la inmigración de militares europeos que dejaron sus países de origen tras el fracaso de las revoluciones democráticas de 1848.⁵ La palabra “filibustero”, desde inicios de la década de 1850,⁶ se popularizó, por tanto, para referirse, de manera uniforme, a un conjunto muy diverso de soldados de fortuna, conformado, entre otros, por católicos y protestantes, partidarios de la esclavitud y simpatizantes de la democracia.⁷

La temprana independencia de Estados Unidos convirtió su territorio en el epicentro de esas expediciones militares, las cuales contaron con el respaldo de algunas autoridades, sobre todo locales, aunque no del gobierno federal, el cual, pese a sus limitaciones y contradicciones, hizo bastante para obstaculizarlas.⁸ La dificultad para diferenciar los distintos niveles de la administración estatal y para distinguir medidas esporádicas de corto plazo de las políticas de largo plazo facilitaron que, en el imaginario

político de la época, el filibusterismo fuera visto como una avanzada del expansionismo estadounidense, oficialmente patrocinada por el Poder Ejecutivo y una materialización de la doctrina del Destino Manifiesto, especialmente dirigida contra América Latina.⁹

La experiencia de William Walker en Centroamérica fue interpretada, sobre todo por sectores nacionalistas y de izquierda a partir de inicios del siglo XX, como representativa del temprano imperialismo de Estados Unidos, asociado con la nueva connotación del Destino Manifiesto. La abundante evidencia que demuestra que el gobierno federal estadounidense obstaculizó –más que apoyó– las actividades de ese filibustero,¹⁰ y que su ascenso al poder en Nicaragua estuvo estrechamente vinculado con el respaldo de las élites de ese país,¹¹ no ha sido debidamente considerada en varios libros recientemente publicados en Costa Rica, en los cuales se simplifica al máximo el concepto elaborado por O’Sullivan.¹²

El *Ateneo de El Salvador*, de octubre de 1926, publicó un artículo de Enrique D. Tovar y R., sobre un tipógrafo de origen francés vecindado en Lima, Carlos Prince (1836-1919), bajo el título “Un compañero de William Walker en sus aventuras en Nicaragua” (pp. 4391-4401). El artesano indicado, nacido en París, laboró en un taller en el que destacó como cajista y, según lo que él mismo contaba, conoció a Balzac y a Dumas (hijo). El interés por viajar lo llevó en 1854 a Estados Unidos y, en 1856, se alistó para colonizar Nicaragua; tras su experiencia en ese país, se trasladó a El Salvador, luego a Chile y finalmente se asentó en Lima, donde se convirtió en un conocido impresor y librero.

El texto de Tovar, además de ser un documento importante para la historia del libro y la lectura en la América Latina de inicios del siglo XX, contiene el testimonio que Prince dictó a un taquígrafo con la intención de que fuese publicado póstumamente. El relato, que versa sobre su participación en las fuerzas dirigidas por Walker, hasta ahora poco conocido, se reproduce aquí – transcrito por Daniel Pérez y sin alterar la ortografía ni corregir algunos ligeros errores del original– por considerarlo de interés para el público costarricense. La narración confirma la

heterogeneidad de los filibusteros, los distintos motivos que los llevaron a Nicaragua y su desigual identificación con la connotación imperialista del Destino Manifiesto.

Ateneo de El Salvador.

Sección Histórica.

Tercer Congreso Científico Pan Americano.

Un compañero de William Walker

–en sus aventuras de Nicaragua–

Por Enrique D. Tovar y R.

Delegado del Ateneo de El Salvador.

Dedicado a su esclarecido consocio
y amigo,

Dr. Francisco A. Funes.

Lima: 20 de Diciembre de 1924 a 6 de Enero de 1926.

I

A pesar de los muchos años transcurridos, recortaba yo las carátulas de textos escolares y de otras obras, con esta leyenda al pie: “Imprenta y Librería de Carlos Prince –Lima– Calle *tal*. Nos *tantos y cuantos*”.

Aquel nombre, Carlos Prince –como el Benito Gil y el de Primitivo Sanmartí,– sonaba en mis oídos con timbre simpático.

A Sanmartí me lo figuraba calvo, grueso, bondadoso, llano en su trato y muy asceta en su vida. Creo no haberme equivocado al concebir algunas cualidades del erudito gramático y antiguo editor.

A Gil no llegué a alcanzarlo. Pero mi infantil fantasía identificó al antiguo librero de Lima, con el “Maestrito” que en los “catones” o silabarios impresos por la hoy modernizada casa editora, figuraba en las cubiertas de papel rojo; un viejito cenceño, de faz avinagrada, cargado de espaldas, con amplio gorro provisto de borlas y manteniendo en una de sus manos, no recuerdo si la robusta palmeta, o el arramalado látigo. Mi imaginación de niño, hízome consentir en que ese “maestrito cuco” era nada menos que “Benito Gil editor”...

A Prince, no sé por qué razones me lo imaginaba de pequeña estatura, miope, muy laborioso, muy amante de hurgar papeles antiguos, algo aficionado a escribir y... de carácter suave, dulce, como un azucarillo.

No he conocido a Gil. Don Primitivo Sanmartí vive en Barcelona desde mucho antes de preocuparme por tratarle y conocerle. A Prince si le conocí, y muy de cerca.

Cierto día, en 1911, obedeciendo á mi afán de adquirir libros baratos y substanciosos, fui a dar a la calle de Polvos Azules, en Lima, a una vieja “casona” – como diría López Albújar – pues divisé desde la gran portada del antiguo caserón, un letrero que decía: Librería e Imprenta del Universo”.

El gran patio descuidado, se hallaba lleno de deshechos. Al fondo, el “principal”, dividido en dos compartimentos casi iguales, y bien a las claras percibíase, desde la entrada, a los tipógrafos entregados a la silenciosa tarea de “componer” ante los chivales. A la derecha, una mulata gorda, vieja, de poco acogedor aspecto, se entretenía en hacer la *toilette* a un perrillo de aguas. Por el patio, gallos y gallinas, paseaban con cierta pereza; fortificaban sus cuerpos, mediante la exposición, estudiada a los calientes rayos del sol. Hacia la izquierda, en una como covacha, ví a un anciano rubicundo, muy amable. Era D. Carlos Prince. ¡Más o menos el mismo Prince que mi imaginación forjara!

Revisé buen lote de libros viejos, adquirí algunos; y a través de la conversación con el anciano librero, pude percatarme de su cultura.

–Quiero que se lleve Ud. un recuerdo mío –díjome Prince al despedirme. Esta obrita que acabo de imprimir, y de la que soy autor. ¿El nombre de Ud., caballero?...

Y me entregó, con dedicatoria simpática, un ejemplar de su libro “*Causas favorables y adversas al desarrollo de la literatura colonial* . – *Biblioteca peruana de la Colonia*”, tomo de competente volumen, y que revela estudio y paciente búsqueda de datos.

Seguía acudiendo a la destartada Librería de Polvos Azules, y así estreché amistad con Prince, conociendo casi todas sus obras publicadas; algunas de las inéditas; estudié su carácter y sus virtudes, y pude informarme de secretos de su vida septuagenaria.

Había nacido en París en 1836, de legítimo matrimonio formado por Gustavo Prince, francés, y Julia Leteher, alemana. Muerto su padre, cuando solo contaba dos años de edad el niño, la viuda envió a éste a una escuela de Batignolles (caserío inmediato a la capital francesa, pero que hoy se halla comprendido dentro de su radio urbano). Muy tierno aún, un tío suyo lo puso como aprendiz de tipografía en un taller de los mejores, resultando Prince un cajista experto.

De tal época de su vida, D. Carlos recordaba con placer, anécdotas interesantes del autor de “La Dama de las Camelias” y de Honorato de Balzac, pues se puso en contacto con esos escritores, gracias a la circunstancia de llevar a casa de ambos las “pruebas” que debían corregir.

En 1854, murió su madre, y despertósele la idea de recorrer el mundo. Con unos pocos francos que tenía reunidos, tomó en el Havre una embarcación y llegó a Nueva York, ciudad en la que encontró trabajo, pues empleóse como cajista en los talleres de “Le Courier des Etates-Unis”.

Recorrió muchos estados de la Unión Americana y algo del Canadá, y al volver a Nueva York, se encontró sin recursos, y fue entonces cuando, seducido, por ofertas anónimas, pero hechas con muchas promesas cautivantes, se contrató para servir al lado del abogado, médico y aventurero norteamericano, William Walker.

Al separarse de las filas filibusteros, pasó a El Salvador, y en la ciudad de Ahuachapán, entró a servir como ayudante de un antiguo farmacéutico, quien –según Prince me contara– pretendía casarlo con una hija suya, lo que obligó al joven parisiense a salir de esa ciudad salvadoreña, y de Centroamérica, para tomar rumbo a Valparaíso, puerto en el que actuó como cajista, reembarcándose a los dos años, para el Callao.

Llegó a Lima en 1862, y el propietario de la Imprenta de “El Mercurio”, Dr. Manuel Atanasio Fuentes, brindóle un puesto de tipógrafo, atendiendo a las cartas de recomendación que Prince le entregara. Poco después, al morir el regente de “El Mercurio”, ocupó este puesto; y al ser vendidos los talleres al Gobierno del General Pezel, se separó, para servir en la tipografía de Huerta, donde se editaba el diario político “El Tiempo”, redactado por el joven periodista D. Nicolás de Piérola.

Las demás incidencias de su vida en las imprentas de Lima, y sus estrechas vinculaciones con Piérola, D. Manuel Pardo, D. Trinidad Pérez, el Dr. Fuentes y los señores Dr. Juan Francisco Pazos, Román Vial, las he narrado ya en un artículo publicado el año último, en el 4º número del “Boletín Bibliográfico” que da a luz la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Baste saber que D. Carlos llegó a ser propietario de valiosos talleres, que poseyó regular fortuna, que formó una familia honorable, y que los azares del destino le amargaron los días últimos de su vida, pues especuladores profesionales lo pusieron al borde de la miseria.

El 28 de marzo de 1919, a los 82 años de edad, falleció el venerable anciano, que mereció el respeto de la sociedad de Lima y las consideraciones de hombres sapientes de ambos mundos.

Antes de cerrar los ojos, tuvo derecho para escribir estas declaraciones que figuran en su folleto “*Mi estancia de medio siglo en Lima*”;

“Hace ya más de cincuenta años que resido en este hospitalario suelo, de los cuales he dedicado como cuarenta al servicio de este país, ocupándome constantemente en estudios sobre la historia antigua general de América y particular del Perú, en cuyo largo lapso de tiempo he escrito varias obras que me han demandado mucha contracción y labor, a la vez que prolijas y constantes investigaciones”.

“En otras épocas en que he estado en situación desahogada, he publicado varias obras mías, unas cortas y otras extensas, que si bien no brillan por su estilo correcto (pues el castellano no es mi idioma propio) a lo menos son producciones que acreditan mucha paciencia y laboriosidad”.

“No solamente creo haber prestado con mis trabajos intelectuales algún servicio al Perú, sino también con mi trabajo material y manual, pues cuando llegué a este país, en 1862, encontré el arte tipográfico en un estado de bastante atraso, debido a la carencia de buenos operarios tipográficos en aquel tiempo. Los trabajos de imprenta ejecutados por mí y que he dado a luz, despertaron el estímulo entre los operarios del país que paulatinamente han ido perfeccionándose en el desempeño de sus labores. Es para mí muy satisfactorio que la tipografía peruana haya hecho con mis iniciativas, tan señalados progresos de cincuenta años a esta

parte, progresos tan gigantescos que hoy día en el país se elaboran trababajos [sic] de fantasía y ediciones de libros y periódicos, con tal nitidez, que le hacen alto honor, y que no desdican de las producciones tipográficas europeas y norteamericanas.

Las declaraciones que anteceden constituyen el mejor testamento de Prince.

No deseo juzgar su obra de publicista. Me consta –porque en mis manos estuvieron muchas cartas– que esa obra era bien estimada por José Toribio Medina, por Mitre, por Lafone Quevedo, por Vergniaud, y por muchos otros hombres de estudio.

Publicó estos libros:

“*Los primeros ensayos de la Imprenta y los incurables europeos*”, 287 p. (Lima 1907).

“*Idiomas y dialectos indígenas del Continente Hispano-Sudamericano, con la nómina de tribus de cada territorio*”, 150 p. (Lima, 1905). Este volumen se imprimió por cuenta del Ministerio de Fomento y se le concedió al autor un premio pecuniario de 60 libras peruanas,

“*Vida edificante de la gloriosa Santa Rosa de Lima, Patrona de América., Filipinas e Indias*”, 87 p. (Lima, 1886)

“*Anuario de Efemérides peruanas*” en *Almanaque Peruano Ilustrado*”, 244 p. (Lima, 1876).

Tres cuadernos llenos de ilustraciones mandadas hacer en París: “*Tipos de Antaño*” *Fiestas religiosas y profanas* y *La limeña y más tipos de antaño*, con un apéndice interesante, extractado de Córdova y Urrutia. (Lima, 1890)

“*Libros doctrinarios y de enseñanza en idiomas y dialectos índicos Sudamericanos, publicados a fines del siglo XVI y durante los siglos XVII y XVIII*”, 61 p. Publicóse, en el quinto volumen de los Anales del Congreso Latino-Americano, celebrado en Buenos Aires en 1898, a cuya sección de Antropología lo presentara Prince.

“*Apuntes sobre la vida del Venerable Padre Guatemala (Fray José Ramón Rojas de Jesús María) Misionero Apostólico del Colegio de Propaganda Fido de Cristo, en la ciudad de Guatemala y Director de la Casa de Ejercicios de la capital de Ica*”, 56 p. (Lima, 1892).

“*El Imperio de los Incas y relación cronológica de los soberanos que reinaron en el Perú*

desde su fundación por Manco Capac, 1018 hasta la muerte de Atahualpa, en 1533”, 43 p. con grabados mandados hacer en París. (Lima, 1892).

“La Biblioteca Peruana en la Exposición Universal de París.” 117 p. (Lima, 1901). Esta colección de libros la envió Prince a la Exposición mencionada, por encargo de la Comisión Central del Instituto Técnico, y mereció ser premiada con medalla de oro.

“Los peruanófilos anticuarios del siglo XIX”, 284 p. (Lima, 1908). Fue publicado en la “Revista de Ciencia”.

“Causas favorables y adversas al desarrollo de la Literatura colonial. Biblioteca Peruana de la Colonia”, 456 p. Lima, (1910-11.)

“Suplemento a la Biblioteca Peruana Colonial”. 144 p. (Lima, 1912).

Origen de los indios de América.

- *Orígenes y civilizaciones de los indígenas del Perú*. 367 p. (Lima, 1916).

Además de estas publicaciones de importancia general, y propias para los intelectuales, D. Carlos Prince hizo tres ediciones de su *Novísimo Mosaico Peruano, o sea método fácil para ejercitarse los niños a leer manuscritos y perfeccionarse en la lectura de impresos*, obra que fue premiada con medalla de plata en la exposición de Textos que en 1890, inició el Concejo Provincial de Lima. Publicó también un diario de de su propiedad exclusiva y sin subvención de ningún género, llamado “*El Progreso del Perú*”, del que fue redactor principal el mismo Prince, sosteniendo su apareamiento, desde el 18 de Marzo de 1895, durante ocho meses. En 1875, publicó el “*Almanaque Comercial de Lima*”, constante de 196 p. Desde 1873, en forma de hojas sueltas, imprimió el “*Calendario de Lima*”, que el mismo arreglaba y que llegó a ser muy difundido, pues lo remitía hasta a los más apartados rincones del país. Mensualmente, en sus tiempos de apogeo, dio a luz durante más de trece años, Enero de 1888 a Julio de 1901, el “*Boletín Bibliográfico*”, que circulaba gratis, con noticias de librería e interesantes trabajos históricos y literarios. Por último, imprimió en 1913, su acervo folleto “*Mi estancia de medio siglo en Lima (1862-1912)*” 28 p. con su retrato fotograbado; y varias monografías de carácter histórico, en la [sic] “La Prensa”,

“El Tiempo” y La Unión”, diario, este último, ya desaparecido.

Inéditas, en poder de la viuda, ha dejado estas otras obras:

“*Los incurables peruanos*” (publicada, en parte, en el Boletín Bibliográfico) – “*Historia de la Conquista y de las revoluciones en el Perú (1502-1581)*”, traducción de la obra de M. Alphonse Beauchamp, en dos tomos, impresa en 1808”. – “*Monarcas y Mandatarios que han dispensado su protección a las letras peruanas*”. – “*Notabilidades y esclarecidos ingenios que han descollado en el Perú, durante la época colonial*”. – “*La Monja-Alférez (Doña Catalina de Erauzo) reseña histórica del primer tercio del siglo XVII*”. – “*El Gongorismo en el Perú*”. – “*Predominio del clero en el Perú, durante la época colonial*”. – “*Universidades, Escuelas Universitarias y Seminarios del Virreynato del Perú*”. – “*Grandeza del Imperio Peruano bajo el reinado del Inca Huaina Capac*”. – “*Las Relaciones Elegíacas y Plañideras, publicadas en la época colonial*”. – “*Tratado de Tipografía*”. – “*Instrucción Primaria: su organización y necesidad de su reforma*”. – “*Aritmética elemental para el uso de los niños que concurren a las escuelas de instrucción primaria, dispuesta bajo un método fácil y sencillo*”. – “*Santo Toribio Arzobispo de Lima*”, trabajo que fue presentado al certamen histórico-literario promovido con oportunidad del aniversario tricentésimo del Santo arzobispo, y que le valió a Prince un lapicero con pluma de oro y con una esmeralda engastada, premio que el jurado le otorgó.

Listos para nuevas ediciones ampliadas y rectificadas, Prince ha dejado también: “*Idiomas y dialectos indígenas del Continente Hispano Sudamericano*”. – “*Los peruanófilos anticuarios del siglo XIX*”. – “*Origen de los indios de América*”. –y “*Libros doctrinarios y de enseñanza en idiomas y dialectos sudamericanos*”.

II

Repito que no haré ninguna apreciación sobre la obra intelectual del malogrado Prince. Limítome a apuntar solamente su labor. Que otros la juzguen. Declaro, sí, que encontraré admirable

el esfuerzo desplegado por ese caballero francés, quién declaró en más de una ocasión: “Mis obras las he escrito y las dedico al Perú, patria de mis hijos, y mía adoptiva, a la que me ligan lazos afectuosos”.

Estimé grandemente a D. Carlos. Su amistad me fue grata. Sus conversaciones las hallé siempre interesantes, pues era un archivo viviente. Recordaba hechos y frases ingeniosas de Castilla; episodios pintorescos de la vida de D. Manuel Pardo y de D. Nicolas de Piérola. Trató muy de cerca a todos los mandatarios que hemos tenido desde 1862, y alternó con nuestros hombres representativos. Prince me refirió muchas veces mil detalles de su vida, desde que en París, siendo niño aún, acudía a la casa de Balzac y tenía que ayudarlo en su caprichosa manera de corregir pruebas de imprenta, hasta sus coincidencias con el Padre Cappa, la noche anterior a la expulsión de los jesuitas; desde su visita, lleno de veneración, a los lugares recorridos en Norteamérica por el General Lafayette, hasta sus aventuras infaustas como empresario de teatro, en Lima; desde su fuga de Francia a bordo de un bergantín que salió para Nueva York, hasta su odisea cruel, casi increíble, en tierra de Nicaragua. ¿Hombre interesante? ¡Ya lo creo que sí! Manejaba el castellano con facilidad relativa, y su memoria reproductora, era admirable.

Es aquella faz anecdótica de Prince, la que he querido dar a conocer en este trabajo.

III

En varias oportunidades me narró sus correrías por América Central, cuando –sólo con dieciocho años a cuestas– se vió seducido por los grandes carteles que, en las ciudades norteamericanas, ofrecían tierras edénicas a todos aquellos que desearan trabajo seguro... y fácil.

Novelesco era aquel relato, y como lo conociese yo de interés para reproducirlo algún día, Prince no tuvo inconveniente alguno en repetir esa página de su vida, ante un taquígrafo. Cuando, corregida por él mismo la traducción me la entregó, díjome: “No sé por qué me parece que esto sólo debe ser publicado después que muera. Yo le ruego, mi querido D. Enrique, acceder a

este deseo. Hallándome vivo, algún malqueriente podría motejarme de *filibustero*, y yo me sentiría lastimado..... Tengo limpia mi conciencia. El arma que Walker ordenó que me entregasen en Nicaragua, no hizo daño a nadie. Fui filibustero sin quererlo, sin saberlo. Aquí, en el Perú, pocos conocen esta página de mi vida, y solamente saben que soy y he sido librero, tipógrafo, anticuario, medio político, empresario de compañías de zarzuela española, sincero americanista y..... un verdadero peruano patriota”. Los ojos se le humedecieron a mi viejo amigo; y yo, silenciosamente, doblé los originales, que ahora publico, guardándolos en cartera.

IV

“Apenas llegué a dicha ciudad; lo primero que atrajo mi atención, fue unos grandes carteles fijados en los muros, solicitando emigrantes para Nicaragua y ofreciendo a cada cual un acre de terreno, herramientas y semillas, para efectuar la colonización de aquel territorio centroamericano.

“Me alucinó mucho la invitación, y resolví inscribirme. Grande fue mi sorpresa, cuando ví que el número de solicitantes que obraban en la oficina de inscripción era bastante crecido.

“Llegado el día de la partida hacia aquél magnífico Edén, pude darme cuenta de que unos 300 inmigrantes constituíamos otros tantos colonos, otros tantos propietarios de *chacras*.

“Se elevó el ancla en medio de atronadores *hurras* del numeroso grupo de curiosos que, desde la bahía, agitaban al aire sus sombreros y pañuelos, despidiéndonos.

“Hízose la navegación sin novedad, y pocos días más tarde, desembarcamos en el puerto de San Juan del Norte, lado del Atlántico. Allí nos hicieron trasbordar a un vaporcito que surcaba el río del mismo nombre, cuyas orillas ofrecen hermoso espectáculo, tanto por su exuberante vegetación y bosques tupidos, como por las enormes bandadas de papagayos y loros que revoloteaban por los aires, y muchos lagartos que salían a la arena para calentarse al sol. Ese río baña también la costa del territorio de los Mosquitos, indios que, a semejanza de los araucanos, han sabido

conservar su independencia. Como a la hora de estar navegando, entramos en el extenso lago de Nicaragua, y a las 6 p.m. fondeó en playas de la ciudad de Granada.

“Aquí principió nuestra *vía-crucis*, pues apenas pusimos pie en tierra, quedamos desilusionados. Supimos, entonces, que las promesas de Nueva York eran ilusorias, y que toda la gente que ocupaba Granada era el ejército filibustero que mandaba el General William Walker.

“Como estábamos sin alimento desde la mañana en que dejamos la nave que nos trajese de Nueva York, nos dieron por toda comida un pequeño bollo de chocolate y una fría torta de maíz, que era el pan de los indígenas. Nos condujeron en seguida al antiguo convento de franciscanos, donde, en lugar de camas, hallamos unos pellejos de res, tendidos en el suelo, y de almohada hubo de servir el atado de ropa que cada uno tenía consigo. No hubo como protestar. Aquellos pellejos, según parece, constituyen una especie de *antídoto* contra los alacranes, que caminaban en grandes tropas, por las paredes de las celdas conventuales abandonadas.

“La noche fue desastrosa, y al día siguiente, apenas rayó el alba, procedieron a inscribirnos, tomando nuestra filiación. Entregáronnos sendos fusiles y una cartuchera con su dotación de tiros; y nos notificaron, irónicamente, que desde ese instante teníamos que conquistar, por medio de las armas, la futura propiedad de tierras.

“Varios de los compañeros llevaban consigo mujeres, con las que eran casados. Pero al desembarcar en Granada, tuvieron que abandonarlas, pues no se consentía que ningún soldado, casado o no, viviese con su mujer.

“Abandonadas esas desgraciadas, en país desconocido, sin facilidades para subsistir honradamente, entregáronse al vicio, al libertinaje, con los oficiales, celebrando diarias orgías. Una pobre niña, que en calidad de sirvienta se embarcó en Nueva York, con uno de los aspirantes a colonos, fue despedida por su patrona, y hubo de prostituirse, ya que no era posible hallar en ese medio y en ese instante, otro trabajo que el de las caricias pagadas....

“Todos los días, desde muy temprano, hacíamos ejercicios durante dos horas; después —y no siempre— nos daban el almuerzo, que solía

consistir en una taza de sopa de plátanos verdes; un pequeño trozo de carne de asno o mula y una torta de maíz. Descansábamos hasta las tres, hora en que salíamos por compañías, a la plaza principal, donde revistábamos al General Lainé, francés, subordinado de Walker, de quien era consejero. En seguida se distribuían las guardias.

“Las fuerzas filibusteras estaban formadas por sujetos de Norteamérica, Alemania, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, Bélgica, y hasta de Rusia y de Cuba. Ninguno llevaba uniforme. Cada cual vestía sus propias ropas, distinguiéndose los oficiales por la espada ceñida; y los jefes no solo por la espada; sino por una cucarda roja puesta en el sombrero. El jefe de esa banda de filibusteros, William Walker, tirano astuto, había reclutado gentes en Nueva York, Nueva Orleans y San Francisco, contando con el apoyo indirecto de su gobierno. De los dos primeros puertos habíamos salido los que bajamos en San Juan del Norte. Los de California bajaron en San Juan del Sur. Walker tenía también dos compañías de centroamericanos, cada una de cien hombres, mandadas por el General nicaragüense Carascosa [sic].*

“A los primeros días de nuestro arribo, se ordenó a la compañía N° 7, de la que yo formaba parte, que se trasladase a Masaya, situada a ocho leguas de Granada. Como a las nueve de la mañana iniciamos la marcha, y a las cuatro de la tarde, cansados de caminar bajo los rayos del ardiente sol del trópico que materialmente asábanos, llegamos a nuestro destino.

“Lo primero en que se pensó, fue en el rancho. En seguida nos pusieron sobre las armas, por temerse un ataque del enemigo. Un espía nos notificó que la tropas centroamericanos hallábanse a dos leguas, en número muy crecido y que era peligroso resistirles. Inmediatamente se tocó retirada, sin darnos tiempo para sacar del cuartel la ropa que de Granada habíamos traído.

“La retirada fue más una fuga. A fin de que el enemigo no nos persiguiera, tomamos por un camino subterráneo, llevándonos un cañón de bronce que encontramos en la Iglesia de Masaya, y el cual enterrámoslo como a una legua de la ciudad. Casi toda la noche anduvimos bajo la lluvia, chapoteando sobre el fango, y a pesar de lo cansados que estábamos por la caminata del mismo día.

“Aquella terrible noche –la recuerdo con horror aún–, varios de mis compañeros cayeron muertos en el camino. Yo, al amanecer, me recosté sobre la yerba, con otros camaradas, que estaban, como yo, más muertos que vivos. Dormimos algunas horas bajo un corpulento árbol que nos protegió con su sombra. Cuando desperté, sólo ví a mi lado a mis amigos Dumas y Enrique Poux. Los demás, despiertos antes que nosotros, habían huido, temerosos de que fuerzas enemigas, al hacer un reconocimiento por allí, nos encontrasen. También nos fuimos Paux [sic], Dumas y yo.

“A dos y media leguas de la ciudad de Granada, llegamos a una hacienda, y pedimos algún alimento, ofreciendo pagar su justo valor. Pero como el dueño desconfiase de nosotros, hubimos de anticiparle dinero por una gallina, que ligeramente frita en manteca, súponos a gloria. No quiso de ningún modo darnos hospitalidad por esa noche, y reemprendimos la marcha hacia Granada. Empero, la noche no nos permitió avanzar, y resolvimos, los tres, quedarnos a dormir en lo más espeso del monte. Dormimos a pesar de la lluvia; y todos empapados, aunque con buen ánimo, nos pusimos en marcha nuevamente, en cuanto clareó la aureola. Treinta minutos demoraríamos en llegar a Granada, donde nuestros compañeros nos recibieron con grandes manifestaciones de júbilo, por haber tenido el convencimiento de que nos habíamos extraviado en el camino.

“A los pocos días se dispuso que toda la fuerza filibustera emprendiese ataque formal a Masaya. Se hicieron los preparativos. Formamos en la plaza principal; Walker nos pasó revista, iniciamos la marcha, llevando un par de obuses de campaña y unas veinte cargas de munición. La gente que quedó en la ciudad, se ofreció a cuidar de los enfermos que dejamos allí.

“Flameaba a la cabeza de la columna, una bandera blanca, con esta inscripción en letras rojas: “¡Vencer o morir!” Detrás seguía la insignia nacional de Nicaragua. Penosa fue la marcha de aquel día, por un camino lodoso. A eso de las seis de la tarde, llegamos a Masaya. Walker mandó en persona la columna. Iba a la cabeza, y fue el primero en descargar su revólver sobre el centinela más avanzado del campo enemigo,

dejándolo muerto. La caballería, montada en mulas, formaba la vanguardia, y cargó hasta la entrada de la ciudad.

“Pronto sintieronse varios tiros de cañón, seguidos de repetidas descargas de fusilería. De inmediato nada se pudo distinguir, debido al humo; las balas silvaban por encima de nuestras cabezas. Hicimos algunos prisioneros, y a la media hora, sobrevino la calma, escuchándose solo tiros aislados. Toda la noche pasamos a las puertas de Masaya, sin dormir, sobre las armas. A la mañana siguiente, ocupamos el lado norte de la ciudad, que había desocupado el enemigo, el cual había reconcentrándose hacia el lado sur, fortificándose tras de las trincheras.

“Nuestro primer cuidado, al ocupar las primeras chozas, consistió en buscar alimento. Encontramos carne de res, aves, cerdos, tortas de maíz, tamales envueltos en hojas de plátano, que aún se hallaban al fuego, y hasta tabaco abundante. Así quedó compensada nuestra antigua hambre. El transcurso del día tuvo importancia, pues aunque no hubo sino uno que otro tiro, cayó prisionero, a manos de los centroamericanos, el General Lainé, de los nuestros, y lamentamos también varios muertos y heridos.

“A la media noche, un espía llegó y díjole Walker que el General enemigo, Zavala, atacaba la ciudad de Granada. El Jefe filibustero ordenó entonces, el regreso inmediato de las fuerzas, a la ciudad, a fin de proceder al rechazo de Zavala. Pero, mientras tanto, por orden del mismo Zavala, el General Belloso nos entretenía en Masaya, con escaramuzas. El audaz Walker, procedió a frustrar ese inteligente plan, y ordenó que a marchas forzadas, regresásemos sobre Granada. Cuando estábamos sólo a una legua de Granada, nos sorprendió el amanecer, y pudimos escuchar con toda claridad los tiros de cañón y fusil, distinguiendo desde una eminencia las nubes de humo que ennegrecían la atmósfera.

“Comprendiendo Walker el peligro en que Granada se hallaba, ordenó que atacásemos sin pérdida de tiempo. Zavala nos esperaba prevenido. Teníamos que pasar por el desfiladero de un pequeño bosque, a la entrada de la capital granadina; y al llegar a ese sitio, la metralla y las balas barrían de ambos lados, materialmente, nuestras filas.

“Yo esperaba caer de un momento a otro, pues el peligro era inminente. Una descarga salida del lado izquierdo del bosque, hizo caer a mi lado a varios compañeros. Yo quedé en pie, sólo por milagro. Parecíame que de todos lados me apuntaban, y que iba a desplomarme sobre los cadáveres que estaban en torno mío. Me horrorizó el espectáculo. Uno de mis amigos tenía vaciado el cráneo; otro atravesado el vientre; un tercero recibió un balazo en el corazón. En ese instante, me sentí atolondrado, y no hice uso de mi arma. Hubiesen podido victimarme, y yo no habría hecho resistencia. Dios permitió que saliera ileso.

“La derrota fue completa para los patriotas centroamericanos, y el bravo General Zavala hubo de retirarse con toda su gente.

“Cuando pasamos por las calles de Granada, hallamos cadáveres por todas partes, lo que demostró que el combate había sido recio. Los trofeos de nuestra victoria fueron tres cañones y algunos prisioneros. Se nos dijo que el General Zavala tuvo el propósito de envenenar el agua, pero el tiempo no permitió efectuar tal cosa.

“Las dos compañías de centroamericanos que quedaron de guarnición en Granada, desertaron durante el combate, llevándose municiones y fusiles. Carrascosa, que los mandaba, permaneció al lado de Walker, quien, sin embargo, en castigo, por haber dejado fugar a sus hombres, impúsole quince días de arresto.

Supimos que el General Lainé había sido fusilado por los centroamericanos. Walker, en represalias, ordenó el fusilamiento del Coronel guatemalteco Valderrama y de otros oficiales, que estaban en nuestro poder. La ejecución realizóse a la una de la tarde, hora de la revista, y en presencia de toda la fuerza filibustera, formada en línea de batalla en la plaza principal. Los sentenciados salieron de su prisión, y llegaron al lugar del suplicio, acompañados del padre Vigil, nicaragüense. Avanzaron Valderrama y su compañero, con gran resolución. Antes de ser vengado, Valderrama pidió un vaso de vino, y pronunció estas palabras: “Muero en defensa de mi patria, y me considero feliz de verter hasta la última gota de mi sangre por libertar a mi país. y a mi familia del yugo enemigo”. –La primera descarga mató al otro oficial. Valderrama quedó de pies. Cargaron

otra vez los ejecutores, y Valderrama cayó exánime, en un lago de sangre.

“Ese cuadro lúgubre me impresionó tantísimo, que días después acepté la proposición que dos amigos y paisanos hiciéronme, para desertar y poner término a nuestros padecimientos. El proyecto estaba lleno de peligros, pues Walker había dictado una orden general, disponiendo que los desertores fueran fusilados *ipso-facto*, sin fórmula de juicio. Empero, nada nos arredró.

“Para cobrar valor, mis compañeros Enrique Poux y Miguel Boulanger y yo, tomamos, después del remedo de almuerzo que nos servían, una buena copa de *brandy*; dirigiéndonos, en seguida, a una choza de aborígenes, ya conocidos nuestros, a fin de que nos orientasen para no ser descubiertos si tomábamos las rutas ordinarias. Esas buenas gentes nos indicaron un camino subterráneo y llenaron con vino de Málaga nuestras calabazas. Seguimos por aquella estrecha zanja de más de dos metros de profundidad, hasta caer sobre el camino real, casi a media legua de Granada. Como estábamos en plena carretera de Granada a Masaya, emprendimos a todo escape una carrera de no menos de diez kilómetros, pues temíamos ser descubiertos y alcanzados. Tras brevísimo descanso, reemprendimos la marcha; no obstante que ya nos caía sobre el cuerpo sudoroso copiosa lluvia, y así llegamos a las puertas de Masaya, como a las ocho de la noche. Pernoctamos en la primera choza que encontramos [sic], la que hallábase abandonada, aunque con algunos muebles. La extenuación que sentíamos requería descanso, inmediato descanso; y así, mojados y sin comer, tomamos posesión de una hamaca, de un banco de madera y de una mesa. Dormimos tranquilos, sobre tan excelentes “camas”, pues ya nos sentíamos a salvo de persecuciones y peligrosas asechanzas.

“Al día siguiente, proseguimos la marcha hacia Masaya. El primer centinela avanzado nos dio el “quien vive”, contestándole “gente de paz”. Un oficial a quien hallamos más adentro, condujónos ante el Comandante en jefe del campamento, General Belloso. Este alto jefe nos recibió con cariño, y conversó con Poux –único que manejaba el castellano, de los tres,– acerca del estado de las fuerzas de Walker, de los recursos con que contaba, del *quantum* que recibía la tropa, etc.

etc. Nos insinuó también el ingreso nuestro en la columna extranjera que tenía a sus órdenes, a lo que Poux repúsole que habíamos ido a esa [sic] país, engañados; que no teníamos propósito de tomar las armas contra nadie y que habiendo escapado, por fortuna, del yugo de un déspota, sólo deseábamos internarnos en Nicaragua para conseguir ocupación. El General Belloso nos invitó a descansar en el campamento por todo el tiempo que quisiéramos y ofreció también darnos facilidades para trasladarnos al interior del país.

“Quince días permanecemos en el campamento, recibiendo testimonios de cariño, de los jefes y oficiales. Nuestra holgada vida en Masaya, fue antítesis de la infernal que vivíamos al lado de Walker. Cuando nos despedimos del General Belloso, éste ordenó que pusiesen a nuestra disposición una carreta con su yunta de bueyes, nos proporcionó cuatro soldados y un sargento, para que nos acompañasen y defendiesen; –pues las gentes de esa época suponían que todos los extranjeros eran filibusteros, y por ende enemigos del país;– y tendiéndonos amistosamente la mano, nos obsequió a cada uno con una onza de oro española.**

“Lentamente avanzamos en nuestro viaje, llegamos a la ciudad de León, que para entonces era asiento del Gobierno, y demás autoridades de la República. Nuestra llegada suscitó algún alboroto, pues los naturales deseaban ver “como eran los filibusteros”. Sin embargo, el trato que recibimos fue muy cariñoso –lo mismo que en otras poblaciones de nuestro recorrido– y aún el Presidente de la República hízonos llamar, mostrándose afectuosísimo.

“Largo sería repetir las peripecias que afrontamos en Centroamérica mis compañeros y yo. Miguel Boulanger, atacado de fiebre tifoidea, falleció en el hospital de León. Con Enrique Poux, me dirigí al puerto de Realejo, donde nos embarcamos con destino a El Salvador, ya que deseábamos pasar a Guatemala. Fue el cónsul francés quien nos dio pasajes para el puerto de La Libertad.

“Mas ocurrió que el buque, un cascarón viejo, apenas si se movía, por lo que sólo al día duodécimo de navegación, descendimos a tierra. Pasamos por Cojutepeque, Sonsonate, Santa Ana, hasta Ahuachapán, ya casi en los linderos de la

República Guatemalteca. Para traspasar ese lindero, se hacía necesario salvar un tupido bosque, habitado, según los ahuachapanecos nos decían, por indios bravos, ladrones, ofensivos. Los mismos centroamericanos, temían atravesarlo en caravanas. No dejaron de atemorizarme todas esas noticias, y resolví quedarme en Ahuachapán, aceptando empleo en la única farmacia del lugar, propiedad del Sr. Fabio Morán.

“Poux que en Guatemala tenía amigos, pues debía haber estado ya en aquella nación y conocer a los indios del bosque temible, se obstinó en ir sólo [sic], y accedí a ello, en vista de no haber logrado convencerle de lo contrario. A los pocos días súpose en la ciudad, por una caravana recién llegada, que un indio, escondido tras un corpulento árbol, había disparado un tiro por la espalda a mi infortunado compañero, matándolo instantáneamente.”

V

Recuerdo aún como se enternecía Prince al hacer este relato, pasando enseguida a referir los esfuerzos del dueño de la farmacia para conseguir que se enamorase de la propia hija, a fin de tenerle por yerno.....

“No sé por qué me parece que esto sólo debe ser publicado después de que muera. Yo le ruego acceder a este deseo. Algún malqueriente puede motejarme de filibustero, y yo me sentiría lastimado....”

Así me dijo D. Carlos ¿Por qué?

Maeterlinck le hubiese respondido: El hombre fuerte examina con cuidado las alabanzas y las ventajas que sus acciones le proporcionan, y rechaza en silencio todo lo que traspasa cierta línea que él trazó en su conciencia.; y es tanto más fuerte cuanto que esa línea se acerque más a la verdad secreta, que vive en el fondo de todas las cosas, y que ha trazado allí mismo.

En su apotegmático estilo hubiérase dicho el filósofo de Rocken: “Todo lo que no me hace morir me hace más fuerte.”

El espléndido Juan Montalvo, le habría alentado así: “El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.” Tú, muy muchacho, quisiste adquirir tierras.

Supiste después que debías comprarlas a costa de tu sangre. Luchaste. La vida es la guerra; cada día una batalla; cada acción ordinaria una acometida.” ¿Por qué, razón eludiste el calificativo de filibustero, si en verdad los hombres no somos hermanos; somos enemigos; y si somos hermanos, somos a lo Caín? ¿Por qué, si muchos de los que te rodearon fueron filibusteros, que se llamaban hermanos tuyos para hacer alarde de tus desgracias; se decían hermanos tuyos para que les confiases tus secretos, y divulgarlos en primera oportunidad; hermanos tuyos, para cubrirte de ira, de envidia, para beber tu sangre?

Anatole France habría exclamado: “He dicho que cuanto más pienso en la vida humana, más creo que hay que darle por testigos y jueces la ironía y la piedad, que son dos buenas consejeras. La una, sonriendo, nos hace amable la vida; la otra, llorando, nos la hace sagrada. La ironía que invoco, no es cruel; no se burla ni del amor ni de la belleza. Es dulce y benévola. Su risa calma la cólera, y ella es quien nos enseña a burlarnos de los malos y de los tontos, a quienes, sin ella tal vez, tendríamos la debilidad de odiar.”

Y yo le decía a Prince, como en las estrofas de Martín Fierro: No tema Ud. Posee usted corazón, posee usted entendimiento, posee usted una lengua que habla, y valor para la defensa. ¿Qué teme? ¿Por qué ese encargo suyo?

Sin embargo de todo, cumplí la voluntad de mi anciano amigo; y ahora, a los cinco años de su muerte, hago pública la novelesca narración.

Enrique D. Tovar y R.

Chimbote, a 17 de octubre de 1924.

Notas

- * Penoso es ver que los mismos nicaragüenses, cooperasen también, con el filibustero a la esclavitud de su patria!!... N. de la D.
- ** De relieve está la hidalguía salvadoreña, encarnada en el ilustre general Belloso, de gran recordación. N. de la D.
- 1 Pratt, Julios W., “The Origin of ‘Manifest Destiny’”. *The American Historical Review*. 32: 4 (July, 1927), pp. 795-798. Linda S. Hudson, con base en un análisis textual, afirma que el concepto fue inventado por Jane McManus Storm, pero tal planteamiento ha sido impugnado por otros investigadores. Hudson, Linda S., *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau* (Austin, Texas State Historical Association, 2001), pp. 45-68; Sampson, Robert D., *John L. O’Sullivan and His Times* (Kent: Kent State University Press, 2003), pp. 244-245.
 - 2 Zoysa, Richard de, “America’s Foreign Policy: Manifest Destiny or Great Satan?” *Contemporary Politics*. 11: 2-3 (June–September, 2005), p. 134. Para un enfoque que enfatiza la dimensión teológica del “Destino Manifiesto”, véase: Rathbun, Lyon, “The Debate over Annexing Texas and the Emergence of Manifest Destiny”. *Rhetoric & Public Affairs*. 4: 3 (2001), pp. 483-488.
 - 3 Aikin, Roger Cushing, “Paintings of Manifest Destiny: Mapping the Nation”. *American Art*. 14: 3 (Autumn, 2000), pp. 78-89.
 - 4 Rodríguez Díaz, María del Rosario, “México’s Vision of Manifest Destiny during the 1847 War”. *The Journal of Popular Culture*. 35: 2 (Fall, 2001), pp. 44-45. O’Sullivan se opuso a la guerra con México y fue un promotor de los derechos de las mujeres y de los trabajadores, y favorecía la abolición de la pena de muerte; sin embargo, también fue un defensor de la esclavitud y participó en actividades filibusteras que promovían la anexión de Cuba a Estados Unidos. Sampson, *John L. O’Sullivan*, pp. 90, 114, 146, 155, 196, 201-202, 212-218, 227, 230-231 y 240-242.
 - 5 May, Robert E., *Manifest Destiny’s Underworld. Filibustering in Antebellum America* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002), pp. 1-18 y 98-99. Las experiencias europeas de 1848 se analizan en: Sigmann, Jean, *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa* (Madrid: Siglo XXI Editores, 1977).
 - 6 May, *Manifest Destiny’s Underworld*, pp. 1-4.
 - 7 Gobat, Michel, *Confronting the American Dream: Nicaragua under U. S. Imperial Rule* (Durham: Duke University Press, 2005), pp. 26-27.
 - 8 La Neutrality Law de 1818 dispuso penas de cárcel y elevadas multas contra quienes organizaran, desde suelo estadounidense, expediciones militares contra países que estaban en paz con Estados Unidos. May, *Manifest Destiny’s Underworld*, p. 7.
 - 9 Para un estudio reciente que sustenta este enfoque, véase: Youngberg, Quentin, “Morphology of Manifest Destiny: The Justified Violence of John O’Sullivan, Hank Morgan, and George W. Bush”. *Canadian Review of American Studies/Revue canadienne d’etudes armericaines*. 35: 3 (2005), pp. 317-319.

- 10 May, *Manifest Destiny's Underworld*, pp. 53, 133, 136-137, 140-142, 146 y 160.
- 11 Gobat, *Confronting the American Dream*, pp. 29-40.
- 12 Quesada, Juan Rafael, *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2006), pp. 22-25; Vargas, Armando, *El lado oculto del presidente Mora: resonancias de la guerra patria contra el filibusterismo de los Estados Unidos (1850-1860)* (San José, Editorial Juricentro, 2007), pp. 85-94; Arias Sánchez, Raúl, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007), pp. 16-27. Para una crítica más amplia de estas obras, véase: Molina Jiménez, Iván, "En defensa del análisis histórico. A propósito de algunas obras recientes sobre la guerra de 1856-1857 contra los filibusteros". *Revista de Historia de América*. México, No. 137 (enero-diciembre, 2006), en prensa.